un hospidalidad imprevista, la puerta abierta de par en par à la hermosa noche de Agosto, dejando penetrar à todos los transcuntes de las tinieblas, los buenos y los malos, los cansados y los perdidos.

Y en cada uno de los quince altares las campanillas de la elevación tocaban sin cesar; y del montón de durmientes se levantaban á cada paso bandadas de fieles que iban á comulgar y volvían á perderse luego entre el rebaño, sin nombre y sin pastor, que yacían en la semi-oscuridad, como en la decencia de un velo.

Pedro erraba, con aire de indecisión inquieta, por entre aquellos grupos vagos, cuando un viejo cura, que estaba sentado en la grada de un altar, lo llamó por señas.

Hacía dos horas que éste esperaba en el mismo sitio, y en el momento en que llegaba el turno se sentía presa de tal debilidad, que temiendo no poder acabar la misa, prefería ceder su puesto. Indudablemente, el ver á Pedro perdido, torturado en las sombras, le había dado lastima.

Le indicó la sacristía, esperó hasta que su sostituto volvió con la casulla y el cáliz, y durmióse profundamente en uno de los baneos vecinos.

Pedro entonces celebró su misa como la decia en Paris, como un hombre honrado que cumple su deber profesional. Tenía la apariencia exterior de una fe sincera. Pero nada le conmovió, nada le derritió el corazón, de cuanto creyó poder esperar de aquellos dos días de fiebre del medio extraordinario y desconcertador en que vivía desde su salida de París.

Esperaba que en el momento de la comunión, cuando se cumple el divino misterio, le consternaría una gran emoción y sería bañado por la gracia, ante el cielo cubierto, frente á frente con Dios.

Y no sucedió nada; su corazón helado no palpitó siquiera; pronunció hasta el fin las palabras habituales; hizo los signos reglamentarios, con la corrección maquinal del oficio.

A pesar de su esfuerzo de fervor, una sola idea le perseguía, obstinada; la de que la sacristía era demasiado pequeña para un número tan enorme de misas. ¿Cómo podían los sacristanes proporcionar las vestiduras sagradas y los lienzos necesarios? Esto le confundía y ocupaba su espíritu con una persistencia imbecil.

Poco después, se asombró de encontrarse fuera. Y volvió á andar en medio de las tinieblas de la noche, una noche que le pareció más negra, más muda y de un vacío inmenso.

La villa estaba muerta; no brillaba ni una luz. Unicamente quedaba el zumbido del Gave, que sus oídos acostumbrados cesaban de oír.

De pronto, como una aparición, resplandeció la Gruta delante de él, incendiando las tinieblas con su perpetua hoguera, ardiendo como un amor inextinguible.

Había vuelto à acercarse inconscientemente, atraído, sin duda, por el pensamiento de María.

Iban á dar las tres. Los bancos se habían desocupado. No quedaban alli más que unas veinte personas; figuras negras y perdidas, prosternaciones vagas, éxtasis sonnolientos, caídos en un entorpecimiento divino

Hubiérase dicho que la noche, à medida que avanzaba, condensaba las tinieblas, apartando la Gruta en una lontananza de ensueño.

Todo se hundía en el fondo de un cansancio delicioso. Ya no venía más que sueño de la inmensa campiña oscura; mientras que la voz de las aguas invisibles era como el aliento mismo de aquel sueño puro, en que sonrefa la Vírgen, toda blanca, en medio de la aureola de cirios.

Entre las mujeres desvanecidas, la señora Maze seguía arrodillada, con las manos juntas y la cabeza inclinada, en actitud tan humilde, que parecía fundida en su ardiente plegaria.

Pedro se acercó en seguida à María. Como él temblaba, se imaginó que la pobre enferma estaría helada por el relente de la madrugada:

-¡Por Dios, Maria, abriguese ustedl ¿Quiere usted encontrarse luego peor?

Y levantó el mantón que se había caído, procurando abrochárselo al cuello.

-Tiene usted frio, Maria. Sus manos están heladas.

Ella no contestó. Continuaba en la misma actitud que dos horas antes, en el momento de marcharse él. Incorporada de codos en la artesilla, mirando con el mismo fervor á la Vírgen, con el rostro transfigurado, radiante de celeste alegría. Sus labios se movían sin que se escapase de ellos ningún sonido.

Tal vez continuaba alguna conversación misteriosa, en la región del encanto soñando despierta. Pedro le habló de nuevo y ella tampoco le contestó. Después, murmuró al fin con voz lejana:

—¡Oh, Pedro; qué felicidad la míal... La he visto, he implorado su gracia en favor de usted, y me ha sonreído, haciéndome una ligera seña con la cabeza, para decirme que me oía y atendía á mis súplicas... No me ha hablado, Pedro, pero he comprendido, sin embargo, lo que me decía; y es que esta tarde, à las cuatro, quedaré curada, en el momento de pasar el Santísimo Sacramento.

El la escuchaba transtornado. ¿A abría dormido con los ojos abiertos? ¡No era en sueños que había visto á la Santa Vírgen de mármol inclinar la cabeza y sonreir? Tuvo un gran extremecimiento, al pensar que aquella purísima criatura había rogado por él. Y anduvo hasta la verja y cayó de rodillas balbuceando:

«¡Oh, María.... Maríal...»

Sin saber si este grito de su corazón se dirigia á la Vírgen ó á la amiga adorada de su infancia.

Después, quedose allí, anonadado, esperando la gracia.

Transcurrieron mínutos interminables. Esta vez, era el esfuerzo sobrehumano, la espera del milagro que había venido à buscar para sí mismo, la brusca revelación, el rayo que se llevase su duda y le volviese à la fe de los inocentes, rejuvenecido y triunfante.

Se abandonaba, y hubiese querido que una fuerza soberana transformase su ser.

Pero, como poco antes en la misa, no oía en él más que un silencio sin límites, y no sentía más que un vacío sin fondo.

No intervenía nada: su corazón, desesperado, parecía cesar de latir. En vano se esforzaba en rogar, en fijar ardientemente su pensamiento en aquella Vírgen poderosa, tan dulce para las pobres gentes; à pesar de todo, su pensamiento se escapaba, reconquistado por el mundo exterior, y se ocupaba en detalles pueriles.

Al otro lado de la verja, en la Gruta, acababa de ver nuevamente al barón Suire dormido, continuando su sueño feliz, con las manos juntas sobre el vientre.

Otras cosas le llamaron también la atención; los ramos de flores amontonados á los pies de la Vírgen; las cartas allí echadas, como a correo del cielo; la delicada blonda de cera que se mantenía derecha, alrededor de la llama de los grandes cirios, rodeándola como un rico adorno de plata calada.

Luego, sin correlación aparente de ideas, pensó en su infancia erosándose muy distinta la figura de su hermano Guillermo. Después de la muerte de su padre, no había vuelto á verle. Sabía únicamente que vivía aislado, ocupándose de ciencias en el fondo de la casita en donde vivía como exclaustrado, con una querida y dos grandes perros; y no bubiera tenido noticias de èl, si no hubiese leido últimamente su nombre en un periódico, á propósito de un atentado revolucionario.

Se le suponía apasionadamente consagrado al estudio de materias explosivas, frecuentando los jefes de los partidos más avanzados.

¿Cómo, pues, se le aparecía así, en aquel sitio de éxtasis, en medio de la claridad mística de los cirios, y tal como lo había conocido en otra época, tan bueno y cariñoso, con una rebeldía de caridad para todos los safrimientos?

Durante un rato, le acosó aquel pensamiento, sintiendo amargamente aquella buena fraternidad perdida.

Luego, sin transición, volvió á pensar en sí mismo, comprendiendo que se obstinaría allí durante horas enteras, sin que la fé volviese.

Sin embargo, sintió una especie de temblor, una postrera esperanza, la idea de que, si la Santa Vírgen hiciese el gran milagro de curar á María, él creería sin duda.

Era como el último plazo que se daba, una cita con la fé para aquel mismo día, á las cuatro de la tarde, cuando pasase el Santísimo Sacramento, como ella había dicho.

De pronto, cesó su angustia y permaneció arrodillado, muerto de fatiga, dominado por una sonnolencia invencible.

Transcurrían las horas. La Gruta seguía proyectando en la oscuridad su resplandor de capilla ardiente, cuyo reflejo llegaba á las colinas inmediatas, blanqueando las fachadas de los conventos.

Pero Pedro la vió palidecer poco á poco, Asombrado, despertó con un ligero extremecimiento glacial: era que amanecía en un cielo nebuloso.

Notó que una de esas tormentas, tan bruscas en los países de montañas, avanzaba rápidamente por la parte del Mediodía. Ya retumbaba el trueno lejano, mientras ráfagas de viento barrían los caminos.

El quizá había dormido también, pues ya no encontró al barón Suire, à quien no recordaba haber visto alejarse.

Apenas quedaban quince personas delante de la Gruta, entre las cuales reconoció á la señora Maze, con la cara apoyada en las manos.

Al notar que clareaba y la veían, levantóse y desapareció por la estrecha senda que conducía al convento de las Hermanitas Azules.

Inquieto, Pedro se acercó á decir á María que era preciso irse, si no quería mojarse.

-Voy à conducirla al Hospital.

Ella se negó y suplicó con insistencia.

—¡No, no! Espero la misa; he prometido comulgar aquí... No pase usted cuidado por mí. Vuélvase usted aprisa á la fonda; vaya á acostarse: se lo suplico. Ya sabe usted, que cuando llueve, vienen carruajes á buscar á los enfermos.

Ella se obstinó, mientras que él repetía que no quería acostarse.

Celebrábase, en efecto, una misa, de madrugada, en la Gruta; y era una satisfacción divina para los peregrinos el poder comulgar allí, después de una larga noche de éxtasis, en la gloria de sol naciente.

Empezaban à caer gruesas gotas, cuando apareció un sacerdote, con casulla, acompañado de dos acólitos, uno de los cuales llevaba abierto, protegiendo el cáliz, un paraguas de raso blanco, bordado de oro.

Pedro, que había arrimado la carretilla á la verja, para abrigar á María debajo de la roca, donde se habían refugiado igualmente las pocas personas que allí quedaban acababa de ver á la muchacha recibir la hos ta con un fervor ardiente, cuando llamó su atención un espectáculo lastimoso, que le oprimió el corazón.

Bajo la lluvia torrencial, divisó á la Vincent, con los brazos tendidos, que ofrecía á la Santa Vírgen su pobre Rosa, cuya amada y dolorosa carga, sostenía aún.

No habiendo podido continuar en el Abrigo, donde muchos reclamaban contra el continuo gemir de la niña, se la había llevado á través de las espesas tinieblas, errando como una loca durante más de dos horas, estrechando contra su pecho aquella triste carne de su carne, sin poder aliviarla,

Ignoraba qué camino había seguido, bajo qué árboles se había refugiado, preocupada enteramente por el injusto sufrimiento que con tanta dureza castigaba á un pequeño ser tan débil, tan puro é incapaz de haber pecado. ¿No eran una abominación aquellas tenazas de la enfermedad que torturaban sin cesar, semanas hacía, al pobre ser, cuyo gemido no sabía cómo aplacar?

Iba meciéndola en sus brazos, por senderos desconocidos, caminando como una loca, con la esperanza obstinada de que acabaría por adormecerla, de que acallaría aquel grito que le desgarraba el corazón.

Brúscamente, ya extenuada, agonizando de la agonía de su hija, acababa de salir á la Gruta, á los pies de la Vírgen del Milagro, que perdonaba y devolvía la salud.

—¡Oh, Vírgen, Madre admirable, cúrala!... ¡Oh, Vírgen, Madre de la divína gracia, cúrala!

Había caído de rodillas, tendiendo su hija expirante en sus brazos trémulos, en una exaltación de deseo y de esperanza, que la agitaba toda.

Y la lluvia, que no sentía en sus talones, se precipitaba detrás de ella, con un ruido de torrente desbordado, mientras que violentos truenos hacían retemblar las montañas.

Un momento creyó que sus preces eran atendidas. Rosa acaba de hacer un ligero extremecimiento, como visitada por el arcángel, con los ojos y la boca abiertos, blanca como la nieve. Había exhalado un postrer aliento, muy débil, y ya no gritaba.

-¡Oh, Virgen, Madre del Salvador, cúrala!... ¡Oh Virgen, Madre To dopoderosa, cúrala!

Pero sintió que su hija pesaba menos en sus brasos tendidos, y so alarmó de no oirla gemir, de verla tan blanca, con los ojos y la boca abiertos, sin respirar.

¿Por qué no sonreía, si estaba curada?

De pronto, dió un grito desgarrador, el grito de la madre dominando al trueno, en medio de la tempestad que arreciaba.

Su hija estaba muerta.

Levantóse, volvió las espaldas á aquella Vírgen sorda, que dejaba morir á los niños, y marchóse como una loca, bajo la lluvia torrencial, sin saber á donde iba, meciendo aún el pequeño cuerpo que sostenía en brazos desde hacía tantos días y tantas noches.

Estalló un trueno, y el rayo debió abrir uno de los árboles cercanos, en medio de un gran crugido de ramas torcidas y desgajadas.

Pedro corrió detrás de la Vincent, para guiarla y socorrerla. Pero no pudo alcanzarla, porque la perdió en seguida detrás del turbio velo de lluvia.

Al volver, terminaba la misa, y el agua caía con menos violencia. El oficiante acabó por marcharse debajo del paraguas de raso blanco, bordado de oro, mientras que una especie de ómnibus aguardaba á los enfermos, para conducirlos al Hospital. Maria estrechó ambas manos á Pedro.

 $-\mathrm{jOh},$  cuán dichosa soy!... Esta tarde no venga usted por mí antes de las tres.

Una vez solo, bajo la lluvia, que continuaba más fina y pertinaz, Pedro entró en la Gruta y fué á sentarse en el banco, cerca de la fuente. No quería acostarse; el sueño le inquietaba, á pesar de su cansancio, en la excitación nerviosa que le dominaba desde el día anterior.

La muerte de la niña Rosa había aumentado su fiebre; no podía olvidar aquella madre crucificada, errante por caminos fangosos, con el cuerpo de su hija.

¿Qué razones eran entonces las que decidían á la Vírgen? Le espantaba que pudiese elegir; hubiera querido saber cómo su corazón de Madre divina podía resolverse á no curar más que diez enfermos de cada cien, aquel diez por ciento de milagros cuya estadística había establecido el doctor Bonamy.

El mismo se había preguntado el día anterior, cuáles enfermos hubiera elegido si hubiese tenido el poder de curar á diez.

¡Poder terrible! ¡Elección tremenda para la cual le hubiera faltado valor!

¡Por qué el uno y por qué no el otro?

¿Dónde está la justicia y dónde la bondad?

¡Ser el poder infinito y curarlos à todos! ¡No era éste el grito que salla de todos los corazones?

Y la Vírgen le parecía cruel, mal informada, tan dura é indiferente como la impasible naturaleza, distribuyendo la vida y la muerte como al azar, con arreglo á leyes ignoradas del hombre.

La lluvia cesaba. Hacía dos horas que Pedro se encontraba allí cuando sintió que tenía los pies mojados. Miró y quedó sorprendido de ver que la fuente rebosaba á través de las compuertas.

El suelo de la Gruta estaba inundado; el agua salía fuera, por debajo de los bancos, hasta el parapeto del Gave.

Los aguaceros habían hinchado los manantiales de los contornos, y Pedro pensó que la famosa fuente, con todo y ser tan milagrosa, estaba sometida á las leyes de las otras fuentes, pues comunicaba seguramente con depósitos naturales, donde penetraban y se acumulaban los aguas de llavia

Y se fué por no mojarse los tobillos.

---